

BIBLIOTECA CENTRAL
U. A. N. L.

SEGUNDA PARTE



CAPÍTULO PRIMERO

HACE una noche de invierno, fría y serena á la par. Tenemos que separarnos de Roma, donde tantas emociones han renovado en nuestro corazón las enseñanzas benditas de nuestros padres. La religión nos ha hablado el sublime lenguaje de la fe, y la filosofía nos ha hecho ver que sólo en Cristo se encuentra la fuente de la verdadera sabiduría.

Gratos recuerdos llevábamos de la Ciudad Santa, y á decir verdad, no nos halagaba la grandeza efímera de las opulentas ciudades, cuando aún resonaban en nuestros oídos los ecos de las plegarias que habíamos elevado en las basílicas y bajo las bóvedas de las catacumbas.

Llegamos, pues, casi maquinalmente á la estación

BIBLIOTECA CENTRAL
UNIVERSIDAD

del ferrocarril. Tomamos asiento en un gabinete del tren, calentado por medio del vapor, y cuando la locomotora lanzó su silbido poniéndose en marcha, aun volvíamos el rostro por las ventanillas para decir adiós á la metrópoli cristiana.

Pensando en Roma, como el que piensa en un bien perdido, llegamos á Ancona, puerto sobre el Adriático que está unido á la península italiana con recuerdos piadosos. Allí existe el cuerpo de un santo Obispo.

Ancona, una de las cien ciudades de Italia, está amurallada y se entra en ella, hacia el lado del ferrocarril, por una puerta colosal. Desde allí se contemplan la bahía, una fortaleza que se levanta en medio de las ondas, y las luces de las barcas que tienden sus velas como alas de cisne sobre el fondo obscuro de las aguas.

Si se penetra un poco en la ciudad, se ve en ella el aspecto de todas las grandes poblaciones italianas: un teatro con su pórtico á semejanza de templo griego; fuentes con caballos marinos y tritones; plazas despejadas, y avenidas en que las luces eléctricas y las lámparas del gas convierten las noches en días.

Los trasbordos, pesadilla de los que viajan en los ferrocarriles europeos, sobre todo en el invierno, nos obligaron á permanecer algunas horas en Ancona. Después seguimos el viaje á Loreto, lugar santificado por ser allí donde se encuentra la casa de María Santísima, prodigiosamente trasladada por los ángeles.

Hállase Loreto situada en una altura de la cual se ven las aguas del Adriático hacia el Oriente; luego las lomas de Castelfidardo en que, según Monseñor Dupanloup, los heridos en la batalla volvían sus ojos hacia

la Santa Casa implorando el auxilio de María; y al poniente los Apeninos con sus crestas coronadas de nieve.

Pintoresco es por todas partes el panorama de Lo-



LORETO.

reto; más el viajero piadoso lo que desea con ansia es llegar al templo, al espléndido santuario donde se guarda una de las joyas más ricas para la Cristiandad, la humilde casa de la Inmaculada Virgen María.

Con todo y evocar recuerdos históricos, pasa uno indiferente por los sitios donde se levantan la Puerta Marina, los Baluartes, la fuente de los Gallos, la Puerta Romana y otras construcciones de mayor ó menor importancia.

Pero se llega frente á la basílica erigida en honor de María y el alma se conmueve de una manera que no es posible explicar. El grandioso edificio con sus puertas de bronce, su esbelta torre y su artística fachada no es más que el cofre que guarda una preciosa reliquia: la Santa Casa de Nazareth, donde habitó la Sagrada Familia.

A un lado de la plaza está el Palacio con sus grandes arcadas, y enriquecido por los Pontífices romanos con prodigiosas obras de arte que no nos detenemos á examinar, porque algo más grande, el Arca de la Alianza nos espera para contemplar cuánto encierra de sublime la más humilde morada de este suelo.

Antes de penetrar en la gran basílica, se detiene el viajero á admirar la estatua de Sixto V, rica en detalles de primer orden. Adornan el pedestal, entre otras obras de mérito, las pequeñas estatuas que representan la Fe, la Justicia, la Paz y la Caridad.

Mas ya es hora de entrar en la basílica. Ha pasado el centenario de la última traslación de la Santa Casa, y todavía parecen resonar los ecos de las fiestas celebradas con ese fin, y con motivo de las cuales se dignó Su Santidad León XIII conceder innumerables gracias á los que en ellas tomaron parte.

El magnífico santuario está siendo objeto de grandes reformas para hacerlo digno de guardar una reliquia que es más preciada que el templo de Salomón. Mucho se ha adelantado en estas obras, debido á las limosnas de todo el orbe cristiano, y especialmente á la Congregación Universal de la Santa Casa, canónicamente erigida, y de la cual es celoso Director el Muy Rdo. Pa-

dre Fray Pedro María de Málaga, religioso Capuchino. Él fué quien tuvo la bondad de enseñarnos todo lo que se ha hecho para embellecer el templo, y quien nos mostró el bendito asilo en que vivió el rey de los reyes, en que nació la Madre del Verbo, y donde nos prodiga sus celestiales auxilios.

La grandiosa cúpula del templo está pintada de una manera verdaderamente espléndida. En ella se representan con cuadros simbólicos todos los sublimes dictados que se aplican á la Virgen María en la Letanía Lauretana.

A porfía, todos los fieles del orbe se esmeran por dejar en las diferentes capillas recuerdos de su amor á la Santísima Virgen, y los franceses, los alemanes, los eslavos, los italianos y los españoles han contribuído para los altares que allí se levantan en su nombre. La capilla costeada por España, se ha dedicado á San José, y en ella se ven, además de la bellísima imagen del Santo Patriarca, obras de mérito extraordinario. Unidos á España en sus homenajes á la Virgen María están las naciones hispano-americanas que con ella quieren verse representadas en ese gran santuario, gloria de la Cristiandad.

Revestida por una elegante construcción de mármol se encuentra la Santa Casa de Nazareth. Muchas informaciones científicas y de todo género han venido á demostrar que esta santa mansión es la misma que habitó María Santísima y en la cual recibió el anuncio feliz del Arcángel San Gabriel.

No tiene cimientos, no se apoya en nada, y contra todas las leyes de la gravitación se mantiene en pie,

sin la más leve señal de deterioro. Los cimientos quedaron en Nazareth, y desde su traslación se probó esta verdad por medio de testigos que han dejado firmadas sus informaciones bajo juramento.

La Santa Casa fué primeramente trasladada á Tersat, donde quedan huellas de su estancia; después al lugar llamado Bandirola, luego al bosque llamado *Laureta*, de donde sin duda ha tomado el nombre que hoy lleva, y como dos hermanos, poseedores del terreno en que se fijó disputasen casi hasta venir á las manos, se trasladó al fin sobre un collado en el camino de Recanati.

Donde quiera quedan rastros de la estancia de la Santa Casa, y revelan su autenticidad los escritores de la antigüedad; los musulmanes mismos, testigos del prodigio; la visita de San Luis, rey de Francia, que recibió en ella la Santa Comunión; las visitas de otros muchos santos, y la veneración en que la han tenido los príncipes más encumbrados á la vez que los Sumos Pontífices.

Al entrar en la Santa Casa sentimos algo que no es posible explicar. La inscripción *Hic Verbum caro factum est et habitavit in nobis*, que hay enfrente del altar, nos transportó á las épocas de hace diez y nueve siglos, y asistíamos en espíritu á los misterios de nuestra redención.

No queríamos convencernos, y sin embargo era cierto. Aquellas piedras unidas con argamasa no conocida en Europa; aquellos muros sin apoyo alguno; aquel humildísimo hogar era el mismo en que la Reina de los cielos cumplió la misión sacratísima para la cual fué destinada desde el principio de los tiempos. Y Jesús niño,

Jesús adolescente, Jesús hombre se abrigó al lado de su Madre Inmaculada y de su Padre estimativo, en aquellos muros que desdeñaría hoy, no un príncipe, sino hasta uno de esos potentados que apenas pueden sostener el lujo de sus servidores.

En esa casa, no obstante, tuvimos la dicha de contemplar el Crucifijo que separado de allí ha vuelto al lugar que antes ocupaba; las escudillas de barro, hoy engastadas en oro, que sirvieron á la Virgen María para los usos domésticos; el hogar en que cocinaba; un trozo de cedro, que perteneció al techo de la santa morada, y en fin, tanto y tanto que sólo viéndolo puede apreciarse.

Acerca de los cuidados que la misma Virgen Santísima ha prodigado á la inviolabilidad de su Santa Casa, no podemos menos que reproducir la narración de Guillermo Garrat, que dice á la letra:

«Juan Suárez Obispo de Coimbra quiso en 1562 llevarse una piedra de la Santa Casa para una Capilla que pensaba construir en su Diócesis, según el modelo del Santuario de Loreto y encargó á su Capellán particular Francisco Estrella que se la llevase á Trento en donde se encontraba para asistir al Concilio. Por el camino sintióse aquel Sacerdote como perseguido por una potencia vengadora, y cuando llegó á Trento refirió á su Señor lo mucho que había sufrido durante el viaje. No hizo gran caso el Obispo y vióse sorprendido por una enfermedad que los médicos no pudieron comprender. Recurrió entonces á la oración para encontrar alivio en aquellos sufrimientos, y á poco recibió aviso de cierto Convento que si quería recobrar la salud debía resti-

tuir á la Virgen lo que había quitado. No esperó más el Obispo, é inmediatamente mandó otra vez el Capellán á Loreto con la piedra, y cuando ésta fué colocada en su sitio, encontróse el Obispo enteramente sano. De este suceso escribió después el Obispo una minuciosa relación, que hoy se conserva en el Archivo Vaticano, y se puede ver una copia en Loreto. El historiador Riera oyó el suceso de boca del mismo Estrella.»

Nosotros hemos visto, por estar allí, marcado, el lugar que ocupa la piedra restituida.

Otro castigo patente por atentar contra la inviolabilidad de la Santa Casa, lo refiere el mismo Garrat. El Papa Clemente VII, por decoro de esta santa reliquia mandó cerrar la puerta que tenía, haciendo que se abriesen tres para comodidad de los peregrinos. El arquitecto Nerucci, encargado de la operación, golpeó los muros, irreverente, y quedó paralizado de la mano derecha y sin sentido, hasta que la Virgen lo sanó á súplicas de su piadosa mujer. Esta operación fué ejecutada por Ventura Perini, sin novedad para él; pero la llevó á cabo haciendo penitencia y encomendándose á la misma Virgen Santísima.

Libros enteros pueden escribirse acerca de la Santa Casa de Loreto; pero nosotros, viajeros del momento, sólo daremos cuenta de nuestras impresiones. Ya hemos dicho que la basílica se está restaurando y que, gracias á la devoción de los católicos del mundo entero, será un monumento, digno en cierto modo de guardar como un relicario el tesoro que encierra. Para este fin contribuirá mucho la Congregación Universal de la Santa Casa, abierta á todos los fieles. Sus pequeños

donativos, por insignificantes que parezcan, ayudarán mucho á la conclusión de la obra. El Rdo. P. Málaga trabaja sin descanso para lograr ese fin, y es de ver su devoción á la Santa Casa. Ella forma el encanto de su vida, y cuando tuvimos la honra de conocerlo, nos impresionó profundamente con su amena conversación acerca de las maravillas que pueden registrarse tratándose de aquella morada que se dignó habitar el Redentor del Mundo.

Oímos la Santa Misa dentro del recinto que ocupa la Casa de Nazareth, y después examinamos con profunda veneración todo lo que en ella se contiene. Vimos el armario de cedro, las escudillas, el hogar, el trozo de madera y cuanto se conserva de ese relicario, más primoroso y esplendente en su humildad que las mansiones de los reyes.

La imagen de María, con el Niño Jesús en los brazos, está cubierta literalmente de piedras preciosas y de *ex-votos* que la gratitud de los fieles ha dejado allí. Respirase dentro de ese santuario un bienestar tan inexplicable que no quisiera uno abandonarlo. Con razón lo han venerado los santos y lo han cantado los poetas cristianos.

Si Lamartine, al hallarse frente al sitio que ocupó en Nazareth la Santa Casa, exclama: «Dios sólo sabe lo que pasó en mi corazón; yo sólo sé que por un movimiento espontáneo, ó más bien involuntario, me encontré postrado en el polvo»; ¿qué diremos nosotros que no solamente veíamos, sino que estábamos dentro del mismo santuario en que habitaron el divino Jesús, la Inmaculada María y el castísimo José? Parecería pro-

fanación quizá; pero no cesábamos de tocar con nuestras propias manos aquellas piedras, para convencernos de que una casa tan pobre y humilde había sido el trono de cuanto hay más grande y majestuoso en los cielos y en la tierra: allí se hizo hombre el Verbo Divino; allí nació y vivió la Madre del Amor Hermoso; allí fué guardián de la Sagrada Familia el Varón más puro, el patrón de la Cristiandad, y de allí han manado raudales de gracias que han sido y serán la esperanza de los que sufren. Testigos de esto los hay sin cuento. Excederíamos los límites de esta obra si quisiéramos citarlos.

Después de extasiarnos meditando en lo que fué para la humanidad aquella Santa Casa, quisimos examinar las obras de arte de que se halla revestida. Lo primero que nos llamó la atención fué ver la grada cuadrangular que se halla bajo los muros de mármol, carcomida enteramente. Allí han dejado sus huellas indelebles los numerosos peregrinos que la han recorrido de rodillas cantando la Letanía Lauretana.

El mismo Garrat, á quien antes hemos citado, dice: «Son verdaderamente exquisitos el gusto y el arte con que está adornada exteriormente la Santa Casa. El dibujo lo hizo Bramante; las esculturas son de maestros como Contucci, llamado el Sansovino, Lombardi, Tribuló y San Gallo. El célebre escultor Canova enviaba allí á sus discípulos diciéndoles que había *de todo*; y Vasari, nombre célebre en la historia del arte, llamaba *Obra divina* al bajo relieve de la Anunciación, y decía que aunque se cubriese de perlas y de diamantes la Santa Casa, no igualaría todo esto al valor de aquellas obras de arte. Verdaderamente hay allí una completa

galería de obras maestras. Los diez Profetas y las diez Sibilas que vaticinaron á la Virgen Madre, están en grupos de dos en dos alrededor de la Santa Casa entre dos hermosas pilastras corintias, y separados entre sí por magníficos bajo relieves, en los que están representados la Natividad de María, sus Desposorios, la Anunciación, la Visitación, el Nacimiento del Hijo de Dios y el dichoso Tránsito de María. A la izquierda de la Anunciación están el Profeta Jeremías y la Sibila Líbica: á la derecha Ezequiel y la Sibila Déléfica; en el lado del mediodía, Malaquías y la Sibila Pérsica, David y la Sibila Cumana, Zacarías y la Sibila Eritrea; al lado oriental, Moisés y la Sibila de Samos, Balaán y la Sibila Cumana del Ponto: en la fachada del Norte, Isaías y la Sibila de Helesponto, David y la Sibila Frigia, Amós y la Sibila Tiburtina».

Por supuesto que en todas estas obras, los artistas se esforzaron para hacerlas, en lo posible, dignas de la santa morada á la cual debían servir de adorno. Y ciertamente que son admirables; pero nuestros ojos se volvían involuntariamente hacia el interior de aquella Santa Casa que no nos cansábamos de contemplar. Allí había reliquias de inmenso valor, y allí se encontraba la imagen de la Virgen Purísima, hecha de cedro y atribuída por la tradición al Evangelista San Lucas. Profanada por la revolución de fines del siglo XVIII, fué devuelta á su santuario en medio de las demostraciones más entusiastas de sus devotos y de todos los fieles.

Esta santa imagen es despojada de sus ricas vestiduras durante la Semana Mayor y cubierta con una

túnica negra. Conservamos una pequeña parte de esa preciosa reliquia.

Como quien se despide de lo que uno más ama, nos despedimos de la Virgen Lauretana, que vierte sin cesar sobre la Cristiandad gracias abundantísimas, y pasamos á visitar la sala del tesoro.

La revolución arrebató con sacrílega mano casi todas las preciadas joyas que contenía el antiguo tesoro, habiendo no obstante podido recuperarse algunas, por la mediación de Pío VII en la época de Napoleón.

La bóveda de la sala que contiene 69 armarios de nogal, está literalmente cubierta de frescos, obra de los más renombrados pintores. Preciosidades innumerables se guardan en aquellos armarios, de las cuales sólo citaremos las siguientes: el Santo Nombre de Jesús formado con anillos de oro; dos banderas enviadas por el Austria y por Venecia, agradecidas á causa de las victorias de Lepanto y de Belgrado; los cálices que pertenecieron á Pío VIII y á Pío IX; una rarísima perla oriental, célebre por su tamaño; un Cristo de oro sobre una cruz de cristal, regalado por Carlos IV de España; un collar y una cruz que regalaron dos Princesas de Cerdeña; una flor de diamantes, donativo de Luisa de Borbón; un caliz, donado por Maximiliano, Duque de Leuchtenberg; dos grandes candeleros incrustados de corales finísimos, y no proseguimos por no cansar á nuestros lectores con esta relación.

Son muchísimos los peregrinos que llegan en diversas épocas del año á visitar la Santa Casa. El ferrocarril deja en la estación una gran parte de ellos; pero para el 8 de Septiembre especialmente, los aldeanos

de las comarcas vecinas prefieren llegar á pie, cantando himnos y alabanzas á la Madre de Dios. Las romerías presentan un aspecto tan hermoso—dice un testigo presencial—que sin esfuerzo retrocede la imaginación á la Edad Media para contemplar escenas propias de aquellos tiempos.

Antes de alejarnos, volvimos una vez más los ojos hacia las paredes de la Santa Casa; saludamos á María con las palabras del Angel y salimos del grandioso santuario que, una vez concluído, será digno de guardar el depósito sagrado que encierra.

La tarde caía dejando ver sus arreboles reflejándose en la nieve de las colinas y en las ondas del Adriático. Nos dirigimos á la estación en silencio, y cuando llegábamos frente á ella, las campanas de la basílica tocaban el *Angelus*.



Alrededores de LORETO.